

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración en los Hechos de los Apóstoles (1)

14 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Con la catequesis de hoy quiero comenzar a hablar de la oración en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de san Pablo. Como sabemos, san Lucas nos entregó uno de los cuatro Evangelios, dedicado a la vida terrena de Jesús, pero también nos dejó el que ha sido definido como el primer libro sobre la historia de la Iglesia, es decir, los Hechos de los Apóstoles. En ambos libros, uno de los elementos recurrentes es precisamente la oración, desde la de Jesús hasta la de María, la de los discípulos, la de las mujeres y la de la comunidad cristiana. El camino inicial de la Iglesia está marcado, ante todo, por la acción del Espíritu Santo, que transforma a los Apóstoles en testigos del Resucitado hasta el derramamiento de su sangre, y por la rápida difusión de la Palabra de Dios hacia Oriente y Occidente. Sin embargo, antes de que se difunda el anuncio del Evangelio, san Lucas refiere el episodio de la Ascensión del Resucitado (cf. Hch 1,6-9). El Señor entrega a los discípulos el programa de su existencia dedicada a la evangelización y dice: «*Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que va a venir sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta el confín de la tierra*» (Hch 1,8). En Jerusalén, los Apóstoles, que ya eran solo once por la traición de Judas Iscariote, se encuentran reunidos

marcadas por su capacidad de mantener un clima perseverante de recogimiento, para meditar todos los acontecimientos en el silencio de su corazón, ante Dios (cf. Lc 2,19-51); y en la meditación ante Dios comprender también la voluntad de Dios y ser capaz de aceptarla interiormente. La presencia de la Madre de Dios con los Once después de la Ascensión no es, por tanto, una simple anotación histórica de algo que sucedió en el pasado, sino que asume un significado de gran valor, porque comparte con ellos lo más precioso que tiene: la memoria viva de Jesús, en la oración; comparte esta misión de Jesús: conservar la memoria de Jesús y así conservar su presencia.

La última alusión a María en los dos escritos de san Lucas está situada en el día de sábado: el día del descanso de Dios después de la creación, el día del silencio después de la muerte de Jesús y de la espera de su resurrección. Y en este episodio hunde sus raíces la tradición de Santa María en sábado. Entre la Ascensión del Resucitado y el primer Pentecostés cristiano, los Apóstoles y la Iglesia se reúnen con María para esperar con ella el don del Espíritu Santo, sin el cual no se puede ser testigo. Ella, que ya lo había recibido para engendrar al Verbo encarnado, comparte con toda la Iglesia la espera del mismo don, para que en el corazón de todo creyente "se forme Cristo" (cf. Ga 4,19). Si no hay Iglesia sin Pentecostés, tampoco hay Pentecostés sin la Madre de Jesús, porque ella vivió de un modo único lo que la Iglesia experimenta cada día bajo la acción del Espíritu Santo. San Cromacio de Aquileya comenta así la anotación de los Hechos de los Apóstoles: *«Se reunió, por tanto, la Iglesia en la sala del piso superior junto con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos. Así pues, no se puede hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor... La Iglesia de Cristo está allí donde se predica la encarnación de Cristo de la Virgen; y, donde predicán los Apóstoles, que son hermanos del Señor, allí se escucha el Evangelio»* (Sermo 30, 1: SC 164, 135).

El Concilio Vaticano II quiso subrayar de modo especial este vínculo que se manifiesta visiblemente en la oración en comunión de María y los Apóstoles, en el mismo lugar, a la espera del Espíritu Santo. La Constitución Dogmática *Lumen gentium* afirma: *«Dios no quiso manifestar solemnemente el misterio de la salvación humana antes de enviar el Espíritu prometido por Cristo. Por eso vemos a los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, "perseverar en la oración unidos, junto con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y sus parientes" (Hch 1,14). María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la anunciación*